

La obrera y la dama de alta alcurnia mezclaban sus lágrimas. Un marqués recibía en sus brazos y se esforzaba en consolar á una vieja lavandera, cuyos gritos desgarradores partían el alma, y, no lejos de ellos, un herrador sostenía á una duquesa vacilante y trataba de darle alguna esperanza.

De pronto los gritos cesaron, los gemidos hicieron una tregua. Un canto litúrgico, lento y fúnebre, se elevó hacia el cielo como para apaciguar su ira, y la larga fila de monjes de San Germán de los Prados, de Premonstrenses reformados, de Grandes Agustinos, de Sacerdotes del Hospital de San Sulpicio, de abades de Cluny y de Santiago, de Bernardinos, Carmelitas, de Nuestra Señora de los Bosques, de Hijas de Santa María, de Santo Tomás de Villanueva, las Ursulinas, las de San Bernardo y todas las comunidades y conventos del lugar y del Faubourg San Germán, aparecieron en procesión con los estandartes desplegados.

Á la cabeza, iba el abad mitrado de San Germán de los Prados, llevando piadosamente el Santo Sacramento y el Corporal; detrás venían sus religiosos, cargados con urnas que contenían reliquias.

Todo el mundo salmodiaba el *Dies iræ* y el *Requiem* mientras que los resplandores agonizantes del incendio hacían brillar el oro de las casullas, de la custodia, de las cruces y de los relicarios.

La muchedumbre se arrodilló al mismo tiempo, respondiendo á los versículos fúnebres, mezclando los sollozos á los cantos de los salmos.

Llegado el abad á proximidad de la primera puerta,

se detuvo. Mientras que el largo cortejo se colocaba en derredor suyo, él elevaba el pan consagrado por encima de las cabezas prosternadas y arrojó el blanco Corporal en la hoguera.

Que no vayan á tratarnos de exagerados: esta ceremonia estaba aún en uso en aquella época, y, en las memorias de la señorita de Montpensier, puede verse que el fuego, habiéndose declarado en el Palacio del Louvre en 1660, la custodia de San Germán l'Auxerrois fué llevada allí.

Después del gesto del abad, no se oyó más que el terrible toque de á rebato rodando de campanario en campanario.

El sacerdote ordenó, en nombre de Dios, á las llamas que cesasen de chisporrotear y al fuego que se apagase, y como si Dios hubiera oído la intimación hecha por su ministro, el cielo iluminado se volvió menos rojo, las columnas de humo disminuyeron, y el silencio se cernió durante algunos segundos en el campo de muerte.

Dos hombres, sin embargo, no se arrodillaron. Disimulados por la sombra de una casa, contemplaban, por encima de ese océano de cabezas inclinadas por el dolor, su obra abominable. Parecidos á los asesinos en los que el lugar del crimen ejerce una fascinadora atracción, el duque de Torino y Pietri no tuvieron la paciencia de esperar noticias detrás de la casa de Trompette. Volvieron, y el primero, reconociendo la alta estatura del señor Verda, había adivinado á Simoneta en la joven que lloraba entre el suizo y el asistente de Lespare.

— ¡Llora, se decía, llora, joven estúpida!... ¡Tus lágrimas están hechas con la sangre de tus amos!... ¡de los que se han atravesado en mi camino!... Tortillard ha muerto, como han muerto la viuda y la hija de Lespare!.. ¡como ha muerto el mismo Lespare!..

¡Y bien! esa loca fanfarronada del italiano era prematura, pues, gracias á la señorita de Flamberge y al buen hombre Lanlire, su abominable crimen no había herido á las víctimas designadas por él.

En seguida que Lanlire, convertido en martillador en la tienda de los Eperonniers de San Claudio, oyó el siniestro grito volar de boca en boca, se había estremecido de pies á cabeza, adivinando el pánico, previendo de antemano la espantosa hecatombe que resultaría.

Se le ha visto martillar una espada, preparar la hoja mientras que Constancia pasaba por delante de él, en busca de su hija, y renunciar á descubrirla.

En cuanto sospechó el peligro, su cuerpo encorvado se irguió, sus piernas patizambas recobraron la forma natural, y una llama de audacia iluminó su mirada, al mismo tiempo que la cólera contraía sus labios.

No tuvo un instante de duda: su primer pensamiento le señaló su enemigo, ese monstruo, como solo capaz de haber desencadenado esa plaga con la esperanza de alcanzar á una ó dos víctimas inocentes sacrificando centenares de desgraciados extraños á su querella.

Solamente algunos de los pabellones de la feria, — los que precisamente se han visto resistir al fuego — no estaban contruidos de madera como los otros, sino

de sólida piedra. En ese número entraba el construido para el Cambio del Rey y el de los plateros y también el de los armeros, bruñidores y arcabuceros.

Esas corporaciones eran ricas. En aquella época en que los hombres tenían siempre necesidad de armas y las mujeres de joyas, la venta de esos objetos no cesaba en el lugar en que la feria se hallaba solamente por algunas semanas. Por eso, y por medio de cartas patentes, debidamente selladas y registradas, dichas corporaciones habían obtenido licencia para edificar pabellones, por su cuenta, y duraderos.

Sin el incendio de ese día, es probable que las otras no habrían tardado en seguir el ejemplo, y, algunos años más tarde, no hubieran tenido que deplorar esa catástrofe.

El conde no ignoraba esas particularidades, ni tampoco que bajo las tiendas de los armeros y también de los relojeros y joyeros, existían sótanos abovedados en los cuales se penetraba por unas puertas de hierro que ni el fuego ni la fuerza podían destruir.

Á decir verdad, el espacio era pequeño, pocas personas podían esperar encontrar allí asilo, y, por derecho, los armeros debían ser los primeros en poder aprovecharse.

Previniendo lo que iba á suceder, con la sangre fría que le caracterizaba, el conde dijo á sus compañeros con voz sonora, arrojando lejos de sí el traje de circunstancia:

— Señores, sírvanse dispensarme: ¡yo no soy de los vuestros: me llamo Luis de Lespare!..

— ¡Ganado! exclamaron la mitad de los armeros, mirando irónicamente á la otra mitad: bien decíamos que no podía estar muerto.

¿Quién, en efecto, habría conocido á Lespare, el Caballero de la Mesa-Redonda, de homéricas hazañas, mejor que los que tenían el oficio de fabricar y vender espadas? Hasta era tan célebre entre ellos que, sin conocerle personalmente, la historia de su traición y de su muerte les había parecido una apuesta necia.

El conde acababa de hablar de tal manera, que nadie dudó que no fuera él mismo.

— Lo que va á pasar aquí es horrible, continuó Luis de Lespare; bajen á los sótanos, señores, y dejen la puerta entreabierta. Les pido permiso para reunirme á ustedes lo más pronto posible con algunas personas que necesito salvar á toda costa.

— ¿Á quién, señor conde?

— Á la señora condesa, primero; después, á la señorita de Flamberge y...

— ¡La señorita de Flamberge!

— ¡Es mi hija, señores!

En otras circunstancias habría sido llevado en triunfo. Decididamente, esa noble familia hacía honor á la corporación de armeros.

Durante esas pocas palabras, el fuego, encontrando por todas partes alimento, había tomado proporciones espantosas. Por eso, juzgando el inminente peligro, los armeros trataron de oponerse á la loca empresa del conde, impidiéndole el paso... ¡Pero ya estaba lejos!.. El siniestro grito de: « ¡Fuego! ¡Fuego!.. »

había expulsado de la academia de armas de la señorita de Flamberge á toda su rica clientela, la que había permanecido un instante sorprendida, no sabiendo qué hacer. Mas el Maese Bel, que acababa de aspirar el aire, tuvo un lamento doloroso.

Llamada á la realidad, la joven recobró su sangre fría, ciñó la espada, por si tenía que defenderse ó castigar, y, acariciando al gran San Bernardo, salió con él, tranquilamente, sin apresurarse. No tenía ningún temor por ella; estaba solamente resuelta á ofrecer ayuda si alguien la necesitaba.

Un hombre corría, hacia el que Maese Bel se abalanzó alegremente, y dos gritos resonaron:

— ¡Mi padre!..

— ¡Enriqueta!..

Se abrazaron. Ni uno ni otro pensaba ya en disimular. De nuevo se hallaban reunidos como cuando la inundación del Armançon, y de nuevo iban á arrancar á las llamas vidas humanas, ¡como otra vez las arrancaron al agua!

— ¿No has visto á tu madre?... preguntó la voz temblorosa del conde.

— ¿Á mi madre? ¿Qué quiere decir?

— ¡Está aquí!

— ¡Aquí! repitió Enriqueta, palideciendo.

Y, como Maese Bel se acercaba á ella al oír esa palabra que él creía era una orden, la joven tuvo de pronto esta exclamación de alegría:

— ¡Nosotros la salvaremos!..

Acercándose á la oreja del gran San Bernardo, le dijo abrazándole y acariciándole:

— ¡El ama!.. ¡Maese Bel!.. ¡Busca al ama, buen perro!.. ¡busca!..

El inteligente animal meneó la cola para indicar que había comprendido. Olfateó el viento y bajó la cabeza, pues el fuego no era, como el agua, elemento de su predilección, y, consciente de la importancia de su deber, acalló su repugnancia y partió como un rayo en la dirección del Prado de los Clérigos, ladrando.

— ¡Ah! dijeron el padre y la hija, tranquilizados: ¡qué noble animal!

Y los dos se lanzaron detrás del San Bernardo, que corría en línea recta...

Desde la primera alerta, tomando por derecho el mando de la pequeña tropa, el señor marqués de Gherlor, deseoso de proteger á las mujeres contra los empujones que podría haber, había tomado el partido de obrar como en la guerra. Como táctico consumado, había dado la orden á sus compañeros de formar el triángulo alrededor de la condesa Constanca, de la marquesa Honorina, de Gisela y de Pervencha, para llevarlas despacio, progresivamente, hacia la puerta más próxima. Justina, acordándose de su reciente permanencia en los mosqueteros, formaba parte del cuerpo de protección.

La pequeña tropa dió algunos pasos en el orden indicado. El ángulo del triángulo humana avanzaba sin prisa, pero con la inflexible precisión de una máquina sitiadora, abriéndose metódicamente camino por entre el gentío, cuyas inciertas olas iban, volvían

ó retrocedían, produciendo así lamentables empujones.

Hasta entonces, todo iba bien; pero el marqués no pudo prever la rapidez con que el torrente de fugitivos dirigidos y como lanzados por algunos locos pagados para obrar así, iban á precipitarse precisamente hacia la salida escogida por ellos. Una ola aulladora pasó por encima de nuestros amigos como una tromba, y, milagrosamente, no fueron arrastrados por ella.

Semejante á un navío azotado por la tempestad, el grupo guiado por Gherlor habría perecido inevitablemente al primero y furioso encuentro contra esa ola salvaje, sin el esfuerzo redoblado de Fileas, Jarnac y de la alta Justina que tenían, uno y otra, una musculatura á toda prueba. Mas un doble incidente provocado á la vista de esa muchedumbre demente, detuvo la marcha hacia adelante.

Gisela acababa de lanzar un grito y, bajo el imperio de una crisis nerviosa, se dejó caer en los brazos de su madre, mientras que la condesa, no pudiendo luchar contra la violencia de tantas emociones sucesivas, se desvanecía sobre el pecho de Pervencha que corrió á sostenerla.

El marqués hizo un gesto de desconuelo, maldiciendo esa parada forzada, sin sospechar que ella sería la causa de la salvación de todos ellos.

— ¡Caramba! dijo Jarnac á media voz. ¡Ah! qué bien se estaría en la tierra sin las mujeres. Las mujeres valen menos que la peste.

— ¿Y la señorita de Flamberge?.. respondió Chaminade con reproche.

— Esa, mi amigo, ¡es nuestra alumna!.. Pero ¿qué sucede?...

Esta última exclamación era provocada por lo que acababa de ver el viejo maestro de armas al volverse.

¡Era una cosa espantosa, inaudita!... La muchedumbre gimiente y alocada, al llegar á la puerta que daba al Prado de los Clérigos, había chocado contra un muro imposible de franquear, y las primeras filas daban ya la vuelta para abrirse un camino por entre los que venían detrás.

Horrorizados, los maestros se volvieron á la vez y vieron que un hecho análogo se producía á la puerta de San Sulpicio. Por una y otra parte, la muchedumbre, á galope tendido, volvía sobre sus pasos, y el encuentro terrible de esos dos ejércitos en los que ni un átomo de razón había, debía producir la señal de una batalla feroz en la que los más débiles, ¡pisoteados y aplastados por los más fuertes, no saldrían vivos!

Ahora bien, los excursionistas del hotel de Lespare, por una singular fatalidad, se habían detenido precisamente en el peligroso punto de contacto. Iban á servir de punto de apoyo entre esas dos masas de seres empujados hacia adelante por el miedo y la desesperación.

— ¡Estamos perdidos!.. exclamó la marquesa Honorina, á la cual el grito del gascón hizo levantar la cabeza. Señores, ¡conjuro á ustedes á que salven á mi hija, á Gisela!

La mirada lastimera y acariciadora del marqués la envolvió.

— ¿Y usted, Honorina?... preguntó con voz temblorosa.

— ¡Déjeme, deje á Justina!.. ¡Le prometo á usted que trataremos de huir!

— ¡Salve usted á la señora condesa! ¡Yo, no importa!..

— ¡Apresurémonos!... aconsejó Justina. Si es por encima de las fuerzas humanas de querer salvar á cuatro mujeres de la más siniestra de las muertes, ¡ensayemos lo imposible!

— ¡Bien hablado!.. ¡pardiez!.. dijo el Tolosano. Considerando á Justina como un hombre, somos siete buenos muchachos, casi dos por cada mujer, y en caso preciso les sacaríamos del fuego del infierno.

— ¿Es que se deja morir á las mujeres?.. gimió el tierno Chaminade.

Hicieron un movimiento, mientras que Fileas, en voz alta, se lamentaba:

— ¡Ah! ¡si estuvieran aquí nuestros alumnos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

LAS TIENDAS DE PIEDRA

Un ladrido respondió al deseo de Jarnac, que estuvo á punto de caer, ahogando un juramento, pues un gordo proyectil pasó por entre sus piernas para llegar hasta la condesa. ¡Era Maese Bel!

Ese salvador montañés acababa de alcanzar el fin indicado, tomando por el camino más corto.

— Henos aquí, lanzaron al mismo tiempo dos voces que resonaron tranquilas y claras en medio del tumulto.

Un triple clamor de triunfo, de esperanza y de alegría se escapó de todos los pechos angustiados por la inminencia del peligro.

— ¡El señor conde!

— ¡La señorita de Flamberge!

— ¡Maese Bel!

Los recién venidos, en su carrera, debieron atravesar ruinas en ignición. Además, eso se veía: Luis de Lespare tenía el cabello chamuscado; la falda de

Enriqueta, lamida por las llamas, estaba agujereada en algunos sitios, y en la piel del noble animal, las chispas, en numerosos sitios, habían quemado el pelo hasta la piel. ¡Pero llegaban á tiempo!

El conde tuvo una mirada afectuosa para todos los suyos; cogiendo en sus brazos vigorosos á Constanca que Enriqueta sostenía, le dió, sin que ella se despertase, un largo beso en la frente; al mismo tiempo levantaba la cabeza sacudiendo el enternecimiento que le llenaba poco á poco.

Corriendo al lado de su padre, Enriqueta había obtenido de él datos muy interesantes; es por lo que no tuvo dificultad en dar órdenes con esa voz musical y tranquila que debía llenar de confianza:

— ¡Nada de miedo, tranquilícense!.. ¡Nadie tiene nada que temer!.. Pero es preciso que mis instrucciones se sigan al pie de la letra... Jarnac, Chaminadé, Méjico y Justina, ustedes saldrán del apuro yendo por la puerta de Tournón, la del Norte, por la calle de Calderera. Si no pueden conseguirlo, refúgiense en el pabellón del Cambio y quédense allí lo más que puedan; yo les encontraré allí más tarde... Los demás, sigan á mi padre y á mí...

Con tales generales, la retirada fué ejecutada en buen orden. Pero ¡qué terrible escena iba á desarrollarse en el espacio abandonado!

Apenas el vizconde de Courten, que cerraba la marcha, entró en la tienda de los armeros, que una pelea indescriptible se produjo en ese sitio. Los viejos maestros de armas, Justina y Méjico se habían ido de

prisa por el abovedado vecino, pasando por entre la lluvia de cenizas y de brea para llegar más pronto al sitio que se les había designado. No hicieron más que entrever una escena lamentable, y sus cabellos se erizaron de horror. Justina se tapaba los oídos para no escuchar los lamentos desgarradores de las desgraciadas arrastradas en ese torbellino, doloridas por los empujones de los hombres, aplastadas por las manos de los más fuertes, ahogadas, echadas al suelo bajo los pies de todos y sin esperanza de poderse levantar.

Pero éstos no tenían tiempo de detenerse ni de prestar socorro á nadie. Tenían que franquear un muro de fuego, pues toda la parte izquierda de la feria estaba ya incendiada. Cuando llegaron al pabellón del Cambio, todos los que se hallaban en ese lado habían podido huir. Por un instante, se preguntaron si no sería más prudente ir por la parte exterior del recinto, puesto que todavía podían hacerlo.

Sin embargo, Jarnac, habiéndose asegurado de que la construcción de piedra parecía sólida y que las llamas perdían el tiempo en quererlo destruir, replicó:

— ¡Alto!.. amigos míos. La pequeña tendrá acaso necesidad de nosotros y es necesario que estemos á su alcance. ¡No vayamos más lejos, pardiez!..

Esto explica porqué Cinabrio, Vachalcar y Mandrin tuvieron la mala suerte de encontrar el sitio ocupado.

Si en lugar de entretenerse en apoderarse de las riquezas codiciadas, los bandidos se hubieran preocupado en examinar á los ocupantes de la tienda, sin

ninguna duda habrían creído habérselas con colegas de piratería, pues las manos de los maestros estaban ensangrentadas. De esa manera, los aficionados á las joyas y pedazos de oro baratos se habrían equivocado. En suma, si nuestros maestros de armas no habían permanecido inactivos desde que pudieron ponerse al abrigo, por lo menos no tenían á su activo más que buenas acciones.

En la tienda vecina á la en que se hallaban, había, extendidas por sus cuidados, cinco ó seis personas que habían arrancado á la fuerza en una huida mortal, pues el viento de su carrera atizaba aún las llamas de sus vestidos. Ayudándose con sus casacas, que ellos habían retirado, con sus manos y con todo lo que tenían á su alcance, apagaban esas antorchas animadas y, en la imposibilidad de hacer más, les acostaban al lado unos de otros, en espera de socorros más eficaces.

Los maestros se detuvieron cuando no hubo más víctimas alrededor á quien socorrer.

Es ese momento desfavorable que las más audacias « hienas » de la última hoguera, alabada por Pietri, habían elegido para desvalijar el pabellón, añadiendo el saqueo al incendio. Es preciso decir en justificación suya, que habían sido animados por el joven Mandrin, quien, en esta circunstancia, había representado el papel de mala estrella.

En el número de personas retiradas del incendio por los inseparables amigos, se hallaba una mujer cuyas heridas eran poco graves, por más que sus vestidos estuviesen casi carbonizados. De pronto, des-

pertada de una especie de sopor por el choque de las espadas, había dado tregua á sus gemidos y se había sentado en medio de sus compañeros de infortunio para asistir, llena de estupor, al combate sin perdón que tenían Cinabrio el Cruel y Fileas Jarnac. La cabeza mal equilibrada, ella vió caer al coloso, el cuerpo atravesado de parte á parte; entonces se tocó la frente con fatiga, para reunir las ideas.

Trataba de comprender porqué esos hombres, que acababan de disputar heroicamente pobres seres á la muerte, se ocupaban ahora en matar á otros. Hasta se estremeció al verles coger al vencido por la cabeza y por los pies é ir á arrojarle á la hoguera, como hubieran hecho con un animal dañino.

Hasta entonces, alucinada por la serie de espectáculos espantosos que habían presenciado sus ojos, había, por decirlo así, mirado sin ver, á través de la niebla de una especie de locura; pero, de pronto, el enérgico rostro del Tolosano se dejó ver en medio de un resplandor violento, tuvo un movimiento de sorpresa; asustada y cubriéndose la cara ennegrecida con las manos, dió un quejido ahogado.

Chaminade, alma tierna, acudió en seguida.

— ¿Qué tiene usted, pobre mujer?... le preguntó cariñosamente. ¿Sufre usted mucho?..

Á la que interrogaba así y que se hallaba en un rincón un poco obscuro de la estrecha pieza, era una persona alta y fuerte, cuyos rubios cabellos se escapaban de un gorro bordado y que, por su forma, recordaba á los de las aldeanas de Cevennes. Sin duda,

debía á su mismo vigor el haber podido escapar del siniestro y abrirse camino. Á la pregunta del de Cevennes, nada contestó; pero por entre sus dedos, que no separó, se filtraban algunas lágrimas.

El corazón sentimental del buen Jerónimo se enterneció al comprobar ese hecho, y se cubrió los ojos. Era un sufrimiento muy grande para él ver llorar á una mujer, aunque le fuese desconocida. Pero su pena aumentaba á la vista del gorro que ella llevaba y que era semejante al de las jóvenes de Aubenas. ¡Era una paisana!

Fileas, no teniendo ya enemigos que destruir ó amigos que salvar, y no sabiendo qué hacer, buscaba por todas partes, para ver si encontraba un problemático cordial. El éxito coronó su tenacidad, viniendo portador de un frasco de aguardiente apenas comenzado. Dios sabe el placer que habría experimentado un intrépido bebedor como él en humedecerse un poco los labios; sin embargo, ni siquiera tuvo la idea de tomar una gota. Hay abnegaciones oscuras delante de las cuales palidecen las más ruidosas acciones de lucimiento.

— ¡Voto á bríos! dijo con tono seguro, entregando el frasco, que le quemaba los dedos, á Chaminade: he aquí lo que necesita esa pobre gente para reanimarse... Hazles tomar un sorbo... el líquido me parece ser de calidad halagüeña.

Jerónimo tuvo deseos de abrazarle por ese ofrecimiento imprevisto que, de la parte del intrépido « bebe sin sed », ganaba en grandeza á la heroica acción de Curtius.

Tomó la botella, y en seguida la llevó á los labios de su compatriota, cuyos dedos tuvo que separar... Pero sus ojos se agrandaron, su mano se puso á temblar y poco faltó para que no dejase caer el frasco al dar un paso hacia atrás.

— ¡Perine! murmuró: ¿es usted?..

El rostro lleno de lágrimas de la mujer ahora estaba colorado, cosa que debía ser natural en él. Con voz dulce, pero que un sentimiento de vergüenza la hacía temblar, contestó:

— ¡Por desgracia!.. Jerónimo, ¿por qué haberme salvado?..

— Porque usted es la madre de Justina, y además no tendré que reprocharme mi conducta con usted.

— ¡Ah!.. soy muy inferior á ti, Jerónimo, dijo la mujer ocultándose la cara; ¿podré aún ser perdonada?

Pues esta desgraciada que la casualidad puso en el camino de los maestros de armas, era Perine, la Perine de la cual Jarnac hablaba algunas veces con pena y con cólera, la esposa legítima y ligera del bueno del de Cevennes, la madre de la robusta y digna joven llamada Justina.

Después de la huida incomprensible de su mujer, Jerónimo Chaminade había sufrido bastante de su soledad; mas el tiempo cauterizando la llaga y Jarnac no desaprovechando ninguna ocasión para cicatrizar el mal con su brutalidad acostumbrada, se había habituado á su nuevo género de vida, con tanta más facilidad cuanto que era de la naturaleza de la mariposa cuya vida la emplea en posarse sobre las flores.

Por otra parte, la condesa de Lespare había tomado á su cuidado á la pequeña Justina, y la niña se había formado y desarrollado en el castillo de Tanlay antes de entrar al servicio particular de Enriqueta.

Cuando se le ocurría hablar de su madre, de quien se acordaba vagamente, Jerónimo la decía que preguntase á Fileas, y Jarnac la enviaba nuevamente á Chaminade, de modo que la joven no supo nunca nada preciso de la ausencia prolongada de la que la había dado el ser.

Á la última cuestión hecha tímidamente y como sin esperanza por Perine, Chaminade abrió desmesuradamente los ojos: no había previsto ese retroceso á la vida anterior y tan lejana, pero como era el mejor de los hombres y no tenía carácter para apenar á una mujer, por culpable que fuese, no tuvo necesidad de mucho tiempo para consultarse.

Perine no era ya la bella persona que tuvo detrás de ella un cortejo de suspirantes. Había pasado la época de súbitas pasiones. Sin duda, su dicha no fué de larga duración, pues sin contar las trazas de sus recientes emociones, su rostro tenía numerosos signos de cansancio. La ex-hermosa señora Chaminade no existía ya, no quedaba más que una comadre respetable que, cansada de la vida de aventuras, debía aspirar al reposo.

En menos de un minuto, el buen Jerónimo se hizo éstas y otras muchas reflexiones; padre ante todo, estimó que no podía mostrarse inflexible, so pena de

explicar á su hija el motivo de su conducta, y esto no quería de ningún modo.

— ¡Perine!... dijo dulcemente: rechazarla en el momento en que el arrepentimiento habla, estaría mal por mi parte... ; Está usted perdonada!

— ¡Ah!.. exclamó la pobre mujer, cuyas lágrimas brotaron de nuevo; no he sabido conocer á usted; ;seré su esclava!

Chaminade la cogió en sus brazos; la emoción se amparaba de él.

— ¡Chitón! replicó, he aquí Jarnac que viene con Justina... ;No vaya usted á venderse... ; Usted estaba de viaje!..

— ¿Cómo, Justina, mi hija...?

— ¡No sabe nada y nada debe saber!.. Puesto que usted es su madre, usted era y vuelve á ser mi esposa ; y de eso no hay que dudar!

Ella se ahogaba de alegría, él la abrazó.

— ¿Qué hay? ; Demonio!.. dijo Jarnac que llegaba con Justina: ; pierdes la cabeza, Jerónimo?.. ¿entregarte á tu pasión intempestiva y fogosa delante de la pequeña?..

Pero él se quedó con la boca abierta y los ojos asombrados por la sorpresa.

Chaminade acababa de coger á la joven de la mano y la echaba en los brazos de Perine, pronunciando fuertemente, como para indicar que él olvidaba el pasado:

— ¡Justina, he aquí á tu madre, que la Providencia me ha permitido arrancar de las llamas, en el mo-

mento en que volvía con nosotros... Abrazala, hija mía.

Justina no deseaba otra cosa, las dos mujeres se estrecharon y las dos cabezas permanecieron un momento confundidas.

— ¡Voto al diablo! ; Demonio!.. dijo el Tolosano, no pudiendo dar crédito á sus ojos: ¡Es la señora Perine!.. ; Qué buen encuentro!..

Había adivinado las intenciones de su compadre y las aprobaba...

Mientras tanto, en el sótano de los armeros, la condesa Constancia acababa de abrir los ojos. Los primeros que vió inclinados fueron los de Luis de Lespare y Enriqueta. Una alegría infinita hizo resplandecer sus pálidos rasgos, y atrajo hacia sus labios las dos cabezas tan queridas.

— ¿Estáis aquí, murmuró, estaba segura... ¿Podíamos ser retirados de ese infierno por otros que no fuerais vosotros? ; Por qué no haberme confiado tus proyectos, hija mía? ; Tu ausencia me ha hecho sufrir mucho!.. Pero todo terminó, puesto que te tengo. En adelante, ya no te separarás de mí, ya no te dejaré partir.

Vió á su alrededor el rostro conmovido de Pervencha, de los Gherlor y de los dos jóvenes gentilhombres Brionne y Courten; ella les sonrió. Después percibió las caras desconocidas de los armeros, y se extrañó. De pronto, oyó el ruido de un tumulto encima de su cabeza: gritos de dolor, crujidos, un escándalo infernal que hacía temblar todo el suelo...

Entonces se pasó la mano por la frente y balbuceó, llena de miedo:

— ¿En dónde estamos?

— En seguridad, mi querida Constanca, le respondió el conde. Encima de nosotros pasan cosas que la más terrible pesadilla no podría comprender... No quiero que lo oigas. Te ruego, pues, me jures que cerrarás los ojos y que los abrirás solamente con mi permiso, dentro de un poco, cuando podamos salir de aquí.

— ¡Ah! ¡eso es un deseo, dijo ella con voz apenada, que se parece mucho á una orden!... ¿No te he obedecido siempre?... ¿Qué importa el sitio en que me hallo y lo que pasa en otra parte puesto que estamos reunidos?..

La frente de Lespare se arrugó. Con la enfermedad que sufría el corazón de la condesa, eso importaba mucho, él no lo ignoraba. Sabía que, sensible como era ella, si hubiera asistido á la atroz visión, al crimen cometido por el duque de Torino á causa de ellos, ella se habría acusado de haber sido la primera causa inicial de la desgracia, y entonces ¡qué sufrimiento!

Peró Enriqueta y él eran los únicos que conocían lo bastante á Gonzalvo y su condenada alma para atreverse á achacarles, sin tener la prueba absoluta, esa monstruosidad sin ejemplo, y como ellos no hablarían, los autores de ese crimen quedarían anónimos é impunes. ¿Impunes?.. ¡Oh! ¡no!.. Esa atrocidad llenaba la medida. Sería hacerse cómplice de esos monstruos dejándoles vivir. ¡Se haría justicia!..

Luis de Lespare se renovaba el juramento á sí mismo y experimentaba supremo orgullo diciéndose que, si él sucumbía en la tarea, la venganza sería aún mucho más terrible, puesto que había dado su corazón y su sangre á una joven enderezadora, á una *caballera* inflexible y rígida como la hoja de la espada que manejaba tan terriblemente, á Enriqueta de Lespare, á la señorita de Flamberge.

Los ruidos exteriores disminuían, se morían.

Lo mismo que el fuego, el horrible clamor se apagaba, falta de alimento. Bien pronto sucedió un pesado y lúgubre silencio. La plaga destructora no rugía ya, no saltaba ya, dormía bajo las cenizas y se arrastraba solapadamente por el suelo, en busca de restos que devorar, encendiendo aquí y allá su roja pupila y pareciendo querer descansar, después de haber sido llenado por una comida monstruo.

El conde se acercó á la puerta de hierro: estaba quemando, tan quemando, que tuvo que tomar infinitas precauciones para descorrer los cerrojos. Enriqueta le seguía, dispuesta á secundarle.

— Espera, le dijo en voz baja, ahora vuelvo.

La puerta fué abierta y cerrada, dejando entrar en el sótano una bocanada de aire irrespirable.

Luis de Lespare, tapándose las narices, subía hasta lo que fué la tienda de los armeros, y sus ojos se fijaron con horror sobre montones de cosas sin nombre: cadáveres carbonizados y petrificados, en contorsiones que el cerebro más epiléptico no habría podido imaginar, miembros destrozados, cabezas separadas de

los troncos, parejas de esqueletos. En medio de todo eso, entre galantes encajes y bordados de corte irónicamente salvados, algunas parejas, paralizadas por la asfixia, se hallaban inmóviles, en la postura horrible del último y desesperado abrazo.

Esos cuerpos habían sido desnudados como por una mano hábil y guardaban su delicada blancura, pero la cara se hallaba ennegrecida por el envenenamiento del oxígeno de carbono, y los cráneos parecían escalpados. Guardaban la postura en que la muerte les sorprendió y parecían los modelos de un museo de figuras de cera. Todo ello humeaba aún y esparcía un olor asfixiante. Ahora bien, para salir, se precisaba pasar por encima.

Lespare volvió á hajar con la cabeza inclinada, arrojando lágrimas de dolor y de rabia. Llegado al sótano el conde, con un gesto, llamó á todos los hombres. Su pálido rostro parecía reflejar la visión que acababa de ver y, al verle así, todos fueron sacudidos por un fuerte calofrío.

— Señores, dijo con voz que parecía salir con dificultad de la garganta contraída: sírvanse jurarme por su honor que nuestras compañeras no sabrán por ustedes á través de qué carnicería tendrán que pasar para volver entre los vivos.

¿Por qué se habrían negado? Todos juraron con la mano extendida. Entonces, volviendo hacia las señoras, Lespare continuó, sin darse cuenta, del tono imperioso de mando, para decir:

— No es solamente á la señora condesa que ordeno

cierre los ojos, sino también á usted, Honorina, á ti, Gisela, y á usted, Pervencha. En cuanto á ti, Enriqueta, sería dichoso, hija mía, si te viera obedecer á la misma orden.

En aquel momento, habría dado cualquier cosa por no haber hecho recobrar el sentido á la señora de Lespare cuya sensibilidad podía provocar una complicación fatal. Hasta esperaba que el olor solo del humo acre y nauseabundo provocaría el desmayo de las otras mujeres. ¿Tendrían los hombres, además, la indiferencia necesaria para sobrepujar la repugnancia y el horror?.. No se atrevía á creerlo, él, tan valiente, y que acababa de llorar. Seguramente habría podido avisarles antes contra el espectáculo que les esperaba, decirles que lo que habían visto en el campo de batalla, no era nada al lado de lo que iba á herir sus miradas, esas cosas por las que tendrían que saltar y quizás pisotear. No le era permitido eso en presencia de las que él había prohibido que mirasen.

— ¡Amigos!.. pronunció con voz sombría y como velada por el luto: ¡hagan un llamamiento á su energía, nunca habrán tenido necesidad de tanta!.. Ven á mis brazos, Constancia; usted, marqués, coja á Honorina; que el señor de Brionne se encargue de Gisela, y el señor de Courten, de Pervencha... Recuerden su juramento, señoras, ¡y desgraciada de la que lo viole!.. En cuanto á ustedes, señores, síganme y no miren al suelo... está jurado...

Hemos visto al abad de San Germán de los Prados

echar el Corporal en la hoguera y ordenar al fuego que cesara sus estragos; hemos visto á la muchedumbre llena de dolor prosternada en el suelo y también un grupo de dos hombres permanecer de pies, insultar cínicamente el dolor de Simoneta que lloraba por su ama, perdida en la inmensa tumba que creían haber dado al último representante del nombre de Lespare.

No le quedaba que hacer al sacerdote, cuyo soberano gesto había parecido dominar el fuego, más que bendecir á los muertos; su mano se elevó, seguida de la mirada de más de diez mil personas.

De pronto, de en medio de la hoguera dispuesta á apagarse, salió un haz de chispas y de llamas, última convulsión del incendio moribundo. Y, destacándose de ese montón de fuego, apareció un grupo fantástico: héroes cubiertos de sangre y de humo, cuyos brazos extendidos llevaban mujeres.

Delante iba una joven, de corto, el cabello suelto, la espada al costado y, cerca de ella, saltaba un perro de alta talla. Esa aparición fué tan imprevista y desafiaba tan fantásticamente á los menos pesimistas convencidos, que la mano del abad quedó en suspenso.

Entonces un solo grito fué dado por tres voces en el grupo formado por los servidores de Lespare: ¡Salvados!

Simoneta, Lancelot y el señor Verda acababan de reconocer á la condesa en los brazos de un hombre cuya cara ennegrecida no les recordaba nada.

Millares de voces se unieron á la suya para vitorear á la que en adelante era la gloria y el ídolo de París.

Por su parte, si Gonzalvo no podía reconocer al capitán de los mosqueteros negros en la persona de ese buen mozo lleno de humo que pasaba delante de él, llevando á la condesa contra su pecho, por lo menos vió á esta última, y adivinó la personalidad de todos los otros compañeros, desde la joven maestra de armas, hasta Jarnac, hasta Chaminade. Y abrió mucho los ojos, pensando:

— ¿Serán unos Fénix, esos Lespare?